

# EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

**HASTA LOS GATOS QUIEREN ZAPATOS.**

Y los pobres no los consiguen jamás, pues aún no ha habido ejemplo de que se vea un gato con zapatos, aunque los hay que se ponen las botas.

Por supuesto que entre los gatos, ni mas ni menos que entre los hombres, los hay con escandalosa irritante fortuna, mimados, bien comidos, y con blando lecho, engalanados con sonoros cascabeles, graves, orgullosos lucidos, en fin, como quien ni teme, ni debe, ni trabaja ni se apura por nada de este mundo.

Y los hay infelices flacos, huesudos, tristes, sin casa ni hogar, gatos, en fin, de pobres, que no tienen (los gatos) ni caricias, ni leche, ni casepeles, ni siquiera nombre, que viven del merodeo y de los ratones que se descuidan, y no tienen otro consuelo que el amor, que es un triste consuelo del pobre, el amor al aire libre, sin misterio, sin ninguno de los encantos del amor, gatos desheredados de la fortuna.

En el tejado de una gran casa de Madrid se reúnen hace tiempo todas las noches veinte ó treinta gatos de esta desdichada clase, que aunque pobres en la actualidad, recuerdan con orgullo y fruición los tiempos demasiado breves de sus triunfos y vida apacible y regalada, unos en conventos de monjas, ya destruidos, otros en las casas de viudas, abandonadas de Dios y los hombres y entregadas á los gatos.

Para ellos todos los años, todos los meses, todos los días, todas las horas son aniversarios de mejores tiempos, y cuando hay ocasion, celebran estos aniversarios para olvidar lo presente con el recuerdo de lo pasado, y echar una cana al aire en amenísima conversacion y frugal pero deleitoso banquete.

Esta sociedad de gatos tiene dos ó tres gatos por gefes, gatos de buena posición, muy amantes de su clase, —en lo que no encuentro sino motivos de alabanza eterna,—que son los obligados presidentes de sus reuniones. Pues como digo, una de estas últimas noches reuniéronse á cenar,—y se reunieron de noche á cenar, y no de día á almorzar por no ser vistos ni interrumpidos en su banquete.—Llevaron los gefes de la sociedad algunas costillas que habian sido á la papillot, y ya no eran mas que al hueso pelado, algunas tajadillas de lomo frito, ya bastante averiado, arrebatadas de un basar donde las habia dejado para regalar á su novio, artillero rodado, una criada de servicio, y otros manjares que fueron recibidos, y digeridos con entusiasmo, aunque valian bien poca cosa, porque en aquel banquete lo menos importante era el banquete, y lo mas la significacion del banquete.

El gato presidente, cuando acabó de roer el hueso que le habia tocado, se sentó sobre las patas traseras, se relamió el bigote, y brindó, no con vino ni siquiera con agua, pero allí lo necesario no eran ni el vino ni el agua, sino el brindis. Su discurso no lo puedo trasladar íntegro á esta reseña, pero, para dar una idea de su bondad, solo diré que fué interrumpido, frecuentemente por señales de aprobacion,—y era un espectáculo tiesísimo ver á aquéllos sendos, y graves, y beneméritos varones derramar abundantes lágrimas, convencidos por las palabras de su gefe.—El entusiasmo rayó en delirio cuando exclamó: «Apenas dejé de mamar, entré en esta misma casa en una despensa llena de cuanto Dios crió; al contemplar aquel espectáculo sentí por primera vez la revelacion de mi destino. Los ratones lo devora-

Costumbres, sentencias, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los tome) y el que no los toma, acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos 6 libranzas á la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

ban todo, y nosotros, solo nosotros, salvámas entonces la despensa, atracándonos de ratones, que desde entonces, señores, estoy arruinado, como veis.»

Al uso después de la palabra otro individuo de la sociedad, el cual, remonándose al cañón de una chimenea, exclamó en un arranque de inspiracion: «Sobre la base de este cañón se alza la consolidacion de nuestra amistad y nuestros amores.»

Otro, comisionado por los gatos de otro barrio, dijo que solo entre ellos los habia capaces de todo genero de sacrificios, sacrificios que no enumeró, porque todos los sacrificios que los gatos son capaces de hacer, son bastante conocidos y están en la conciencia de todos.

Seguieronse tantos brindis como individuos habia congregados allí; para que mis lectores no se aburran, hago caso omiso de estos discursos, que todos vinieron á decir lo mismo, habiendo entre ellos alguno, notable por su erudicion histórica y por la intencion filosófica. Tampoco debó olvidar que uno de los representantes más caracterizados de la clase recitó unos versos, que no debian ser suyos, porque eran pésimamente detestables, á pesar de que alcanzaron grandes aplausos, pero aplausos de cortesia, porque se oia decir por lo bajo á los mas sensatos del corro: «Hombre, ¡qué malol! ¡qué inoportuno! ¡qué romance de ciegos!...»

hoy viviría, pobre sí, pero no en la miseria. ¡Hija de mi cbrazon!

«El tanto ahogaba su voz, y mi corazón se oprimia viéndola llorar.—Ambos hicimos un esfuerzo, yo para consolarla, y ella para continuar su triste narracion.

«Diez años hace que murió mi esposo, que era capitán cuando mi familia me casó con él; dos años después de nuestro casamiento, tomé parte en una conspiracion, alentado por sus amigos; pero hubo entre ellos un Judas, y el mismo día en que el plan debia llevarse á cabo, mi esposo y sus compañeros fueron presos y sometidos á un consejo de guerra.—El delito era grave, y la ordenanza inexorable condenó á muerte á los infelices. Los demás, eran tambien padres de familia, ó hijos queridos, único apoyo de sus esposas y sus madres desventuradas. Madres y esposas nos reunimos y acudimos al trono, implorando el perdón de los delinquentes. S. M. nos prodigó consuelos, lloró con nosotros, y nos prometió hacer todo lo posible para conmutar aquella horrible sentencia.

Y como llovía, y el día se venía encima, el gefe de la reunion la disolvió, con lo cual cada gato se fué á su agujero, convencidos todos de que habian hecho una gran cosa, y sin haber dejado dormir á los vecinos de la casa que tenían que aquella amistad tan decantada se conviviese en agua de borrajas y sin igual pelea.

Felizmente nada sucedió, y los dignísimos individuos reunidos en aquel banquete se citaron para otro, que, por lo que allí se dijo, promete ser en extremo animado, teniendo como tienen los oradores tiempo para preparar los discursos improvisados que pronunciarán en su día.

«Pasaron tres días, que fueron siglos de agonía para nosotras, y el cuarto, la campanilla de la Paz y Caridad nos dió la terrible noticia de que aquellos hombres, jóvenes todos, pertenecientes todos á distinguidas familias, iban á ser pasados por las armas por traidores.

«Desolada corrí á la morada de los reyes, al ministerio, al cuartel donde estaban presos los culpables, y por último, al sitio de la ejecucion.—A nadie vi; nadie me consoló; todas las puertas estaban cerradas para mí. Solo vi, para convencirme de que mi desdicha era cierta, un cuadro de infantería, formado en el sitio elegido para quitar la vida á aquellos hombres. Me acerqué á uno de los oficiales que mandaban aquella fuerza; era uno de los amigos de mi esposo. Abracéme fuertemente á él, al mismo tiempo que sonó en mi alma el lúgubre redoble de un tambor destemplado, y ya no ví mas.

Al mismo tiempo, en la plaza, en el barro, celebraban otro banquete los perros libres, es decir, los perros callejeros, al que cada cual llevó lo que le preció, y terminó con entusiastas brindis y ladridos sin cuento. Por aquello de que perro ladrador nunca buen mordedón, los serenos, vigilantes nocturnos y traperos no se metieron con aquellos apreciables individuos, y los dejaron alborotar cuanto quisieron, en lo que hicieron muy bien.

«Después de tres días de continuo delirio, recobré la razon, y me hallé en mi casa, en mi lecho, rodeada de personas desconocidas.

«¡Mi hija! exclamé á tiempo que entró en la alcoba, trayéndola de la mano, aquel oficial que mandaba la fuerza sentenciada á fusilar á mi marido... Entonces lo recordé todo; pero antes de que yo pudiera articular una palabra, el oficial, llorando como un niño, y poniéndolo á la niña sobre mi cama, exclamó:

«Felizmente nada sucedió, y los dignísimos individuos reunidos en aquel banquete se citaron para otro, que, por lo que allí se dijo, promete ser en extremo animado, teniendo como tienen los oradores tiempo para preparar los discursos improvisados que pronunciarán en su día.

«Al mismo tiempo, en la plaza, en el barro, celebraban otro banquete los perros libres, es decir, los perros callejeros, al que cada cual llevó lo que le preció, y terminó con entusiastas brindis y ladridos sin cuento. Por aquello de que perro ladrador nunca buen mordedón, los serenos, vigilantes nocturnos y traperos no se metieron con aquellos apreciables individuos, y los dejaron alborotar cuanto quisieron, en lo que hicieron muy bien.

«¡Se ha salvado, señora! S. M. envió el perdón antes de que mis amigos llegaran al cuadro.

«Pero perdoneme V. estos detalles, añadió la viuda al llegar aquí; sin querer me he distraído del objeto principal de mi relato.

«Mi esposo, continuó, fué sentenciado á servir de simple soldado en Genta, por espacio de cinco años, pero la generosidad de S. M. le indultó dos años y medio antes de cumplir el término, y le devolvió sus grados y honores, trasladándole á un regimiento de guarnicion en Madrid.

«A la hora convenida se presentó la viuda en mi casa, no elegantemente vestida como cuando la conocí en el Prado; no con el semblante sereno y la mirada tranquila, sino arrebujada en un pañuelo, respetable por sus años y servicios, con la cabeza humillada y los ojos escaldados por el llanto.

«Aquella mujer podia salir á la calle, segura de que no la conocerian las personas que la hubieran conocido dos años antes.

«La recibí cariñosamente, procuré alentarla, y me preparé á escuchar la lastimera relacion de sus desventuras.

«¡Ay! señor, comenzó la infeliz, grande es nuestra desgracia, pero á nadie, sino á nosotras mismas podemos culpar... pero no... yo, yo sola soy la culpable... Mi Adela, mi pobre hija ha seguido las inspiraciones de su madre... Si yo la hubiera llevado por otro camino,

«La salud de mi esposo fué debilitándose por momentos; desde aquel horrible episodio de su vida, adquirió una melancolía tan persistente, que ni sus amigos, ni yo, ni su hija, podíamos hacer desaparecer.

«Siempre se creia amenazado, nunca podia dormir dos horas tranquilo, y por mas que él mismo lo procuraba, jamás lograba desear la idea que le atormentaba.

«Una noche vino á casa, muy satisfecho al parecer, y apenas entró, vació en mi falda sus bolsillos, llenos de oro y de billetes de banco.

«He jugado y he ganado, me dijo, todo esto es para tí, para Adela... Gastadlo todo, que mañana traeré mas... Se acabó la tristeza... Ahora... ¡a reír! ¡a triunfar!... Y se entró, riéndose á carcajadas, en su habitacion.

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

«Mi marido no faltó desde aquel día al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Días hubo que me trajo diez y doce mil reales.—Procuré informarme de sus amigos, acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebía una gran cantidad de rom, y que después jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca, y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

«El rom y el juego hicieron lo que no habíamos podido hacer mi hija y yo; pero una noche, tres años después,

le trajeron á casa en un coche, perdido el conocimiento y con el traje lleno de lodo.—Mi marido habia perdido por primera vez, y despues, para aturdirse, para olvidar, habia bebido una cantidad de rom, mayor que la de costumbre.

El infeliz no volvió en sí; aquel infame licor le habia abrasado las entrañas.

Quedamos solas en el mundo mi hija y yo.

En los dos últimos años de la vida de mi marido, habíamos adquirido el vicio del lujo,—que á veces el lujo lo es.—Como mi marido jugaba y ganaba siempre, como el dinero sobraba en mi casa, como el lujo, solo el lujo nos abria todos los salones y nos proporcionaba ocasion de lucir y escitar la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres, y como mi esposo no se acordaba de mí sino para darme el dinero que ganaba y nunca intervenia en mis acciones, ni su afan de aturdirse y su estado constante de fiebre y locura, me permitian dedicarme á la educacion de su hija y al cuidado de su casa, completamente olvidadas del porvenir, mi hija y yo no pensábamos que ningun bien puede ser eterno, sino el que se funda en la virtud y en la prudencia. Hoy vemos prácticamente esta verdad. En pago de aquel dinero, arrebatado tal vez á familias que vivirian en la miseria, á consecuencia del mismo vicio que á nosotros nos proporcionaba la fortuna, ahora nos vemos reducidas á la mayor necesidad, y ayer salí yo á mendigar porque mi hija se moria de hambre, y hoy estaria muerta, si V. no me hubiera socorrido anoche.

¡Qué lección tan elocuente en las palabras y el llanto de aquella desgraciada!

—Alora que sabe V. todo esto, continuó, comprendo rá por qué mi hija y yo nos desconcertamos de tal manera la tarde que dimos la peseta falsa al cobrador de las sillas del Prado, por que aprovechábamos la galanteria de V. para tomar al retirarnos del paseo, el café con los tós. En aquella época, nuestros recursos eran muy cortos, y aun no estábamos curadas del vicio del lujo, sufríamos crueles privaciones, pero nos presentábamos ante la sociedad con la cabeza erguida y el traje ajustado á las exigencias de la moda.

—Pero V. tendrá viudedad.

—Si, señor, contestó, de eso iba á hablar á V. A la muerte de mi marido nos quedaron bastantes alhajas y muchos trajes de gran precio, que son los que más ó menos reformados hemos usado; hasta que las necesidades de la vida me obligaron á desahucarme de unas y otros. Vendiendo hoy una cosa, empujando mañana otra, y otra y otra luego, pudimos pasar ayudadas de mi corta pensión, pero llegó día en que las alhajas y los muebles nos faltaron, y tuve que recurrir á los prestamistas, que me ofrecían dinero con la garantía de mi viudedad.

—¡Infeliz! exclamé.

—Por el momento salíamos del apuro, pero despues tenia que sufrir el descuento mensual, hasta cubrir la cantidad que habia recibido, y otra igual que sin recibirla yo suponía el prestamista que la habia recibido, y con mi firma autorizaba esta suposición.

—Una suposición gratuita que no lo lea, ¡pensé para mí!

—De préstamo en préstamo, continuó la viuda, de necesidad en necesidad, hemos llegado á carecer absolutamente de todo recurso, y á no tener medio alguno de salvacion. Yo moriré pronto, pero mi hija es jóven, aunque ha sufrido mucho, aunque la miseria comienza á agostar su hermosura y á desalentar su espíritu, su natural fuerza es mas fuerte que la mia. ¿Qué será de ella cuando se halle sola en el mundo, sin pan y sin hogar, cuando no pueda presentar otro mérito que su virtud, y vea que el mundo, si no se atreve á reirse de ella, la deja que muera abandonada, sola con su virtud? ¡Oh! ahora comprendo toda la enormidad de mi fatalidad.

—Ahí es tiempo de remediarlo todo, dije para consolar á aquella pobre madre, que repetía en aquellos momentos lo que le decia la inflexible voz del remordimiento.

—Cómo? contestó. Me dirá V. que el trabajo es el único y seguro recurso.—¿Y no es casi siempre estéril el trabajo de la mujer?—¿Puede vivir de su trabajo una mujer acostumbrada al lujo y á satisfacer su vanidad? ¡Oh! Esta costumbre no se olvida... La miseria y la soledad pueden únicamente curar de ese vicio, y gracias á Dios, que hasta ahora, el vicio del lujo no nos ha llevado á vida mas vergonzosa que la miseria.—Alguna vez hemos hallado en nuestro camino á unas tan miserables, corazones tan mezquinos que, al vernos casi muertas de hambre, nos ofrecían el pan de la deshonra, cuando les pedíamos el pan de la caridad; pero ¿que he tenido valor para todo, no lo tengo para olvidar quien he sido y quiénes fueron mis padres.—La muerte es el único bien que podemos esperar, pero mi hija...

—La pobre madre no pudo continuar; á pesar de mis instancias, se despidió de mí, prometiéndome volver otro día, y suplicándome que hablase á las personas caritativas que conociera para que le facilitasen algun recurso.

Yo lo hice así, y en pocos días se logró reunir una cantidad, con la que las pobres mujeres pudieron comer durante algunos meses.

Lo que nunca pude lograr fué convencer á la madre de lo conveniente que seria para su hija ocuparse en

bordar ó en cualquiera otra labor propia de su sexo, y que la proporcionara algun otro recurso.

La vanidad de aquellas mujeres era monstruosa; la viuda olvidó muy pronto que una noche el hambre le hizo salir á pedir una limosna por amor de Dios.

Un día me dieron una agradabilísima noticia; el prestamista que cobraba toda la pensión de dona Virtudes, para recobrar las cantidades que le habia adelantado y los intereses de las mismas, se habia arrepentido en la hora de la muerte, y mandó que diesen sus herederos por saldada la cuenta de la triste víctima.

Las felicite sinceramente y las recomendé que vivieran con orden y economia.

Un mes despues las vi en el Prado, tan elegantes como el dia que las conocí.

Otra vez entraban en el camino de la miseria: la viuda habia vuelto á tomar dinero sobre su paga.

Tenia razon; la costumbre del lujo y el vicio de la vanidad no se olvidan nunca.

Tuve que volver á salir de Madrid, y no quise marchar sin despedirme de mis amigas. Volví á recomendarlas la economia, el orden, la modestia, y recordé á la madre estas palabras suyas:—«Caballero, una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.»

Su susceptibilidad se irritó con este recuerdo, y me despidieron con una frialdad que no dejó de irritar la mia, algo mas justamente por cierto.

En seis años nada supe de aquellas pobres vergonzantes; pero una noche en el teatro, cerca de mi butaca, habia una señora muy hermosa y elegantemente vestida, que me recordó la simpática fisonomia de la hija de la viuda. Otra señora la acompañaba, que no era su madre.

Dudé un momento, pero terminé mi duda cuando vi que, al fijar en mí sus hermosos ojos, perdió el color y levantó abierto el abanico á la altura de su rostro.

Era Adela, mi pobre amiga, aquella misma niña á quien vi una noche dormida en un miserable lecho, y á quien oí decir sonando:—«Me lo haré de gasa.»

—¿Y cómo se llevan capotas blancas?—Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo.—¿Bastará para el teatro?—Apenas bajó la cortina, me apresuré á saludarla y á preguntarle por su madre. Mucho mas desconcertada que cuando el cobrador de las sillas del Prado devolví á la viuda la peseta falsa, me dijo que habia muerto, y que aquella señora que la acompañaba era una amiga, y que no se habia casado, y despues me habló de la comedia que se representaba, y del calor que hacia en el teatro, hasta que se alzó otra vez la cortina.

—Cuando terminó el acto, un amigo mio, que me habia visto hablar con Adela, se me acercó diciendo:—«Hola, hola! También tú conoces á esa?»

—¿A quién? pregunté.

—A la de... y me dijo el nombre de un personaje muy conocido.

—¿Cómo? Pues si me ha dicho que no se ha casado.

—Toma, ya lo creo! Si quieres desbancarle te complacezco; sin embargo, si te ha caído el premio grande de la lotería, ó has heredado de algun tío en Indias, no será empresa difícil; pero te complacezco tambien, porque al fin te dejará por puertas.

—¡Ah! exclamé, interrumpiendo á mi amigo; todo lo comprendo ahora; pero como dice Víctor Hugo, *N'importe jamais une femme qui tombe!*

—Pobre Adela! Los temores de su madre eran fundados.

¿Queréis que os cuente otras historias de pobres vergonzantes? Muchas os pudiera contar, porque muchas hay, por desgracia, pero vosotros las podéis hallar cuando yo, porque todos vosotros conocéis, y saludaréis, y daréis la mano á algun pobre vergonzante.

Los administradores de casas en Madrid, los jueces de paz, los curas de los hospitales, las patronas de las casas de huéspedes, los observadores que concurren á los bailes de máscaras de medio carácter, los usuteros, las preñeras os podrán contar miles de historias de pobres vergonzantes, todas originales, todas diferentes, todas lastimosas.

No es la mas horrible la miseria que pide por amor de Dios, la miseria contra la que claman los periódicos, y á la que encierran por fuerza en los asilos de caridad los dependientes de las autoridades; la mas horrible, la mas digna de compasion es la que se oculta, la que se avergüenza de pedir una limosna, la que dá quizá el último cuarto al paralítico, ó al ciego con vista, ó al tartamudo fingido, que se la pide en la calle, la miseria, el fin, de los pobres vergonzantes.

—Un solo camino hay que no conduce á tan horrible miseria, la fé, el trabajo y la prudencia.

CASCABELES

LAS SIETE LETRAS MAGICAS

LOGOGRIFO

De una sencilla palabra compuesta de siete letras, sacó tantas variaciones, tantas palabras diversas, que si no pasan de ciento—no falta media docena.

—Saco el nombre de dos santas—que en setiembre se celebran.—Un sacerdote ilustrado—que goza de fama eterna.—Lo que en el mar sin remedio—encontrará quien lo vea.—Una pieza de teatro—que no es drama ni zarzuela,—ni ópera, baile ó sainete—ni pasillo ni tragedia.—Un apellido que al mundo—cruel venganza recuerda.—Lo que en Madrid se acostumbra—á hacer los dias de fiesta.—La mujer llana: de música—tres notas en toda regla.—Una parte que en las óperas—se usa con suma frecuencia,—y si no digalo Verdi.—Una populosa aldea,—célebre por un artículo—de suma delicadeza.—Un guerrero, ilustre gefe—de los romanos: de telas—un envoltorio ó paquete.—Lo que hace siempre en sus tierras—el trabajador labriego—cuando vé el otoño cerca.—La mansion humanitaria—do el pobre refugio encuentra.—Lo que inspira ver á un viejo—requerando á una morena.—Cierta ministro (que fué)—en no muy lejána época.—La palabra mas bonita—que las muchachas emplean.—Un gefe que halló la muerte—en memorable pelea.—Un pueblo, con estacion,—que está de Santander cerca.—Dos palabritas que unidas,—forman sin gran violencia—un nombre, gentil, gracioso,—(por supuesto nombre de hembra)—dulce como la ambrosia,—y tal, que apuesto una oreja—á que de ochenta y un hombres—les gustará á los ochenta.—Una viuda sin familia.—Una constelacion célica.—Un pez de rara figura.—Un granero bajo tierra.—Un pecado capital.—Un ya difunto poeta.—Un instrumento moderno.—Un efecto de la guerra.—Una muchacha graciosa.—Una reunion soberbia.—Un tratamiento monástico.—Un trozo de via férrea.—Una luz no muy costosa.—Una dignidad inglesa.—Un terreno siempre estéril.—Una parte de la tierra.—Dos mujeres de la Biblia.—Lo que en el piso se emplea.—El oficio de la plancha.—De uniforme cierta prenda.—El oficio de las nanas.—El hilo de arañesteras.—Ciertas partes de las aves.—Lo que hace una cocinera.—Lo que hacen los tocineros.—Lo que hace el anacoreta.—Un pedazo de pucheró.—Un pedazo de cubeta.—Y la parte componente—de otro pedazo de media.—Cuatro rios extranjeros.—Una villa burgalesa.—Otra villa granadina.—Una ciudad calabresa.—Otra ciudad andaluza.—Un adorno.—Una arenga.—Un sentido.—Una beata.—Un mineral.—Una pieza.—Una bala.—Los altáres.—Un santo.—Un mástil.—Una teta.—Un moro.—Un árbol.—Dos flores.—Un pepe.—Un ave.—Una verga.—Y como fin de funcion,—quince palabras francesas,—perfectamente formadas—sin faltarle una letra.—Y para que no me digas—que abusé de tu paciencia,—dejo todavia muchas—palabras en mi cartera.—Por fin lector, es mi todo—la mas tónica receta,—despues del mucho trabajo.—Si eres hombre que lo aciertas—y te gustan los anises,—te regalo una docena.

La persona que en esta semana nos ha remitido unas lindas redondillas sobre EL CASCABEL, y otro periódico satirico, publicado hace pocos años, una charadita, y la solución de otra, puede remitirnos la que guste—segura de que nos honra mucho.

CHARADITA

Esta sociedad de charaditas se habia formado en un barrio de la ciudad, y se componia de un grupo de personas que se reunian para resolver las charaditas que se les presentaban. La primera tropelida es á quien mas respetamos; la segunda ó tercera unida en las casas la van á buscar; Primera y tercera se quejan como digo, una de ellas me incomodó muchísimo, y en muchos libros la hallé, y en discursos mucho mas. Dices la tercera riendo, y la segunda cantando. En todo lo estamos viendo, al son que locan bailando.

No es sola La llave de oro el libro edificante de los tiempos; en demas tambien lo es otro, compuesto por un padre jesuita, que no debe haber tenido madre ni hermanas, porque entonces no se hubiera atrevido á escribir las siguientes barbaridades que se le supieron. «La mujer es fuego, el hombre es tpo y el diablo es fuego; la mujer es la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la mordedura de un escorpion, naufragio del varón, cautiverio de la vida, leona que abraza á un animal malficioso, vibora vestida, consueño del diablo, oficina de los demonios, horno encendido, lanza del corazon, tempestad de la casa, guia de las tinieblas, maestra de los delijos, boca desentrenada, calumnia de los santos, adornada y bella con sus aderezos, es una espada del demonio bien afilada; su mirada es de basilisco y su voz de sirena, que encanta con la voz, quita el juicio con la vista, y con entrambas cosas pierde y mata.»

Dicen que va á publicarse un periódico en competencia con La Correspondencia de España. Derribar La Correspondencia nos parece tan difícil como suprimir las corridas de toros. La Correspondencia no es un periódico mejor ó peor; es una costumbre tan arraigada entre los españoles como fumar, comer y acostarse.

Francamente, caballeros, no comprendemos la vida sin La Correspondencia.

Oyendo una oracion de Castelar dormida se quedó doña Pilar. Bendito paco el suyo si durmieran los que á oír sus discursos acudieran.

Hemos oido que cierto periódico que se publica en esta córte, literario y administrativo, ha sido recomendado por el Gobierno á los ayuntamientos.

El Gobierno no se enfadará porque digamos que el Gobierno que ha recomendado su adquisicion, ha hecho muy mal.

Los periódicos, como todas las obras, deben recomendarse ellos mismos.

Mi amiga Encarnacion, señora que se ocupa en no hacer nada, dice que es el papel que mas le agrada La Regeneracion. No lo estraño, lector, que al fin, ¿qué quieres? están por los extremos las mujeres.

Los editores Manini dicen en un anuncio que van á tirar 20,000 ejemplares de La mujer adúltera, y aun temen que no les quede ningun ejemplar. 20,000 mujeres adúlteras, ¿qué atrocidad!... No sabemos si estos editores son andaluces, pero lo parecen.

Con la Llave en la mano cogió ayer á su esposa don Mariano, y se puso hecho un toro porque era la de oro. Pero, señor, ¿quién sabe lo que es y lo que tiene la tal Llave?

Los empresarios de los Campos Eliseos han solicitado permiso para dar funciones líricas durante el verano en el teatro de aquel local.

Suponemos que se les concederá, que es irritante el privilegio que hasta aqui ha gozado el empresario del teatro Real.

Una solterona muy fea decía refiriéndose al marido de una amiga suya, estropeadamente hermosa:

—Los maridos de las mujeres más bonitas son los que mas suelen olvidarse de sus mujeres y sus deberes. Y uno que la oyó, contestó:

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

MIL

Adela

(Continuación.)

—Se trata de que la gente murmura de tí; de que tu reputacion anda en leguas.

—Envidias de la Catalina... (Como antes era ella la primera! Si no es mas que eso, no hay que inquietarse.... Ya ves tú si el público me aplaude.... Mira, mira, cuántos ramos tengo allí....

—No es eso tampoco.

—¡Vaya, que esta noche estás pesada de veras!... Acaba de una vez, ¿qué es ello?..

—Es... es que... que dicen que te te pagas mucho del dinero.

—No sé que á nadie le suceda lo contrario... Todo el que trabaja quiere que le paguen... Y tú no podrás decir que yo te arruino, y ya ves que una artista tan querida del público como yo, está en el caso de poner la ley al empresario... ¡Ya ves que yo no te la doy pongo....

—No, no es la ley lo que yo temo que me pongas... Te diré de paso, que no creo que puedas estar descontenta con 50 reales diarios.

—Si quisiera ir á Sevilla, me dan 310; y si quisiera ajustarme como primera para Londres, me dan diez que en un mes me hacia de oro.

—Pero hija, si no se trata ahora de eso....

—¡Vaya! ¡Pues habla claro!

—Pues has de saber que hay quien dice que te hace el amor....

—Correo cojo, hijo, me hacen el amor todos los que me conocen; ¿y qué?

—Lástima, señora, que no se haya casado V., porque su marido no se hubiera olvidado nunca de V.

Solucion del logogrifo inserto en el numero anterior.

Las diez letras, CASCABEL, simpático, fino y docto, da que se compone tu logogrifo artificioso, he logrado combinar de tan fiel y vario modo, que me dan, por resultado, las voces que aqui te pongo.

Dios es quien concede al hombre consuelos, y pan y todo, y la ilusion acaricia hasta á quien no tiene un óbolo.

Cualquiera puede ponerse lucido, robusto y gordo; y es animal sanguinario tanto como el tigre, el oso.

Las mujeres dicen si cuando barruntan casorio; y es palabra que pronuncian, cual dices muy bien, con gozo.

Tú y yo, somos dos, es claro; y el uno es tú y el otro soy yo.

Cuestiones sin solucion pocas, muy pocas conozco, salvo las de la política; el sol es la luz de todos; el que vive en soledad no puede hallarse mas solo; Luis, Lucio, Lino, son nombres como dices, nombres propios; y el orate que mencionas debe ser, sin duda, loco; iluso es el engañado; geométrica forma el cono; y se dice el mayoral si quiere parar el tronco.

Los vocablos sino y hado, úsanse como sinónimos; dá la trompeta un sonido que á veces me deja sordo; no es bulto, chico ó grande; y no los hay aquí, hijos.

Lindo llamar se acostumbra á cualquier bonito adorno; y un perrito de este nombre perdió mi dama hace poco.

Liso es un vestido llano.

—¿Y tú lo toleras?... —Es claro. —¿Cómo?... —¿Qué lie de hacer?... No he de indisponerme con el público....

—¿Pero tú les das calabazas?... —Dios me libre. —¿Adela! —Eso es, porque á tí se te antoje voy á perder y lo fama adquirida....

—Pero entonces, yo, ¿qué soy? —Tú eres el empresario, y paré V. de contar. —¿Pero para tí no soy nada? —Pues eso te digo, para mí eres el empresario.

—¿Y nada mas?... ¿Tú no me has dado esperanzas?... —La esperanza es una de las cosas que cada cual puede poseer á su antojo, y cuyos límites cada uno puede ensanchar á su gusto.

—¿Es decir que me das calabazas?... —Yo no te doy nada, pero tú me das. —Es decir que me has dicho abandonar mi juzgado de paz y arriesgar mi dinero en esta empresa, y que tal vez por tu causa me arruinaré.

—¿Por mi causa?... Pues hijo, en rompiendo la escritura, estamos al cabo de la calle. Así como así, quiero descansar un par de meses... Ya verás lo que tardas en dar el trueno gordo.

—Si no se trata de romper tu escritura, si de lo que se trata es de que yo no sea indiferente para tí.... —Y, ¿quién te ha dicho que lo seas?... Ya ves, que á pesar de nuestra posicion respectiva, te permito que me tutees, como cuando éramos novios....

—¿Pues qué? ¿ya no lo somos?... —¿Quién piensa en eso ahora? —Pero, Adela, ¿si yo te quiero? —¡Tómala! ¡tómala! Me quieres fantos....

—Pero, hija, tú has cambiado notablemente: cuando yo te conocí, eras modesta, humilde, amable.... —¿Qué quieres?... el mundo da muchas vueltas.... Ya ves, cuando yo te conocí eras alguna ó escribana, ó qué sé yo?... y hoy eres empresario.... No has dado mal salto!

—Sí, y presumo que el salto es mortal, porque aqui pierdo la inteligencia, el dinero y el tiempo.

A esto llegó al vestuario de Adela un jóven, gran-

y falsedad es el dolo, y añadido por fin y término de este embolismo enfadoso, que pudo ser un peligro en dia no muy remoto la disolucion, y es esto como ya sabes histórico; y verdad es inconcusa que mas tarde ó que mas pronto á disolverse vendrá en la nada nuestro globo.

(Remitido.)

(Un progresista que almuerza solo.)

A las pocas horas de ponerse á la venta, se agotó la edición del número 26 de EL CASCABEL; el mismo domingo hicimos nueva tirada, y habiéndose agotado también los ejemplares, hemos hecho segunda edición del citado número. Las personas que lo han pedido en nuestra administración, pueden pasar á recogerlo cuando gusten.

¡Ah! jóven, que vas bailando, al infierno vas saltando.

Recomendamos á los aficionados y aficionadas al baile esta profunda sentencia puesta en un libro nada menos que por un Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo.

La pieza Dos iniciales, estrenada en el Circo, no vale nada. Y además es una traducción de otra traducción anteriormente representada.

Por supuesto que los genios que hacen estos arreglillos se llaman autores dramáticos.

Solucion de la charada inserta en el numero anterior.

¡Ay! era yo una muñeca, y era Pacheco un muñeco....

Y así estaba yo tan hueca si me miraba Pacheco.

La señora de siempre.

Este artículo inserto en EL CASCABEL, titulado Le faltó un botón! es una traducción ó imitación de uno de esos criticos franceses M. Moleri, publicado en el Almanach pour l'année de 1861.

Este artículo lo recibió EL CASCABEL de uno de sus suscritores, y no tuvo inconveniente en su insercion.

de amigo del ricachon del palco de proscenio, á quien acompañaba constantemente.

—Adelita, le dijo, esta noche ha estado V. deliciosa. Adela le tendió la mano, y le hizo sentar á su lado. —Yo bramaba de furor, y hubiera querido destruir con una mirada á aquel rufián.

—Y su amigo de V? preguntó inocentemente Adela. —Ya puede V. figurarse que electo me haría esta pregunta, después de la conversacion que habia oido en las butacas y del proyecto de esplicacion que acababa de tener con Adela.

—No está muy bueno estos dias. —¡Ojalá se muera! dije para mí con toda mi alma.

—¿Pues qué tiene?... —¿Quién sabe, hija mía?... Como es tan sensible.... —Lástima de animalito! continué diciendo aparte.

—¿De veras? repuso Adela. —¡Oh! no lo sabe V. bien.

—Está enamorado. —Me parece que va V. dando en el guiso.

—Pues á su edad no deja de ser peligrosa la enfermedad, observé yo.

—¡Oh! no es tan viejo el amigo de este caballero, dijo Adela.

—No, no es tan viejo, repitió este caballero amigo de aquel otro, —y acostumbrado como está á satisfacer todos sus caprichos y no encontrar nunca contrariedades, la idea de que puede recibir un desaire le mortifica horriblemente.

La intencion de aquel mozo estaba conocida; era un agente del otro.

—¿Conque ella no te quiere? preguntó Adela. —Aun no se ha esplicado él. Ha habido alguna insinuacion, eso sí, pero nada mas.

—¿Y él no se atreve aun á suponer cuál será el éxito de sus pretensiones?... Yo tengo poca experiencia de mundo; pero creo que ningun hombre discreto se dirige á una mujer, sino cuando tiene casi la seguridad de no ser mal recibido. Y no crea V. que el proceder de esa manera supone á mi juicio, gran talento, porque nosotras las mujeres somos tan débiles, por no decir tan inocentes, que cualquiera nos conoce al momento, y nos descubre nuestros mas íntimos sentimientos.

(Se continuará.)

porque halló en él verdadera gracia; después hemos tenido ocasión de dar con la procedencia del tal artículo, y como EL CASCABEL no quiere engalanarse con plumas ajenas, nos apresuramos a citar el nombre del autor y el origen del artículo.

Se anuncia una novela que se titula *La mujer adulta*. Nos parece que este título bastará para que los padres de familia le cierren la puerta.

ENIGMAS.

13. Delante estaré de ti, y tú nunca me verás, y quien vaya a verte a ti, a mí me verá no mas.

14. Noces y a tu lado voy, te casas y allí contigó, y no tienes lo que soy, cuando a dar vuelves conmigo.

Hemos leído en la *Correspondencia*, que el señor Olozaga derramó algunas lágrimas el otro día en Zaragoza.

Esta noticia nos ha hecho derramar a nosotros lágrimas tamañas como quesos de bola.

Se nos refiere lo siguiente: Un niño comía con su padre y su tío, el otro día en Zaragoza.

El banquete del padre, el hijo y el tío se componía de cuatro sardinas y una libreta.

Cerca del sitio donde se hallaban, comía otra familia rica chuletas y jamón muy magro y hermoso.

El chico, con el esqueleto de la sardina en la mano, exclamó:

—Papá, ¿no dice V. que todos somos iguales? Pues entonces, ¿por qué no comen esos sardinas?...

El padre no contestó nada, pero en acabando de comer su sardina, levantó el campo, sin esperar a oír lo mucho bueno que allí se dijo.

Los almuerzos políticos han sido causa de este hecho:

Un amigo nuestro, en vista de que los partidos se han dado a almorzar de una manera feroz, para que no se le crea afiliado a ningún partido, y si hombre independiente, ha resuelto que en su casa no se vuelva a poner almuerzo jamás.

Su mujer, sus hijos y sus criados están que trinan con esta medida, y no pueden avenirse a no hacer mas que una comida diaria; pero él sigue en sus trece, y jura y perjura que no volverá a almorzar hasta que sepa que no almuerza nadie en el mundo.

Hizo de su destino dimisión, y al otro día reventó Simon.

Piensa como un pollino quien pretende librarse del destino.

Porque dijimos en una charada, que los naturales de Aragón son duros de mollera, ha aquí que de Ricla nos dirigen una carta, que denuestra lo ofendidos que están por esa broma algunos de aquellos apreciables vecinos.

No creemos que nadie pueda ofenderse por eso, ni EL CASCABEL se ha podido proponer jamás ofender a ningún pueblo ni a sus naturales. Los aragoneses son tan estimables para nosotros, como los catalanes y los gallegos, y todos los españoles.

La susceptibilidad de los vecinos de Ricla, es completamente injustificada esta vez.

En el número próximo publicaremos, cumpliendo lo mandado por el señor Juez de primera instancia del distrito de la Audiencia, la certificación del juicio de conciliación verificado, como ya saben nuestros lectores; entre el presidente del gremio de prestamistas y nuestro editor responsable.

A propósito de almuerzos, recordamos estos versos de un pasillo de nuestro amigo Serra:

Derrámemos una lágrima a la memoria de aquel que fué nuestro amigo, y luego... nos iremos a comer.

Volvemos a dar las gracias a nuestro ilustrado colega el Reino, por las benévolas frases que emplea siempre que cita a EL CASCABEL, que se considera muy honrado con esta distinción:

Tropezó en un fideo, y el alma se rompió don Timoteo. Lo primero en el mundo, ya lo ves, es el llevar los ojos en las pieles.

EL CASCABEL, y los hombres de EL CASCABEL han

resuelto, que todos los años el 1.º de octubre, aniversario de la aparición de EL CASCABEL, se celebre con un almuerzo, en el que tomarán parte todos los españoles. Y como no es fácil hallar sitio donde pueda celebrarse la reunión, ni fonda que se encargue del almuerzo, se ha decidido que cada español almuerce en su casa ó donde le parezca, donde, además de gastar lo que quiera, podrá pronunciar los discursos que se le antojen, sin que los demás tengan el disgusto de oírlos.

Creemos que todos nuestros compatriotas se adherirán a este patriótico pensamiento.

Al comer un merengue se atragantó Juan Dengue.

Señores, en el mundo lo primero es tener espiedo el bragadero.

El señor Chacon ha vuelto a la fiscalía de imprenta. Lo celebramos por ser el señor Chacon persona muy ilustrada y antiguo amigo nuestro.

El Pedestal de la estatura, drama del señor Barcia, ha obtenido muy buen éxito en el teatro de Variedades. Lo celebramos; su autor es persona de notoria ilustración, y está desgraciadamente enfermo.

REVISTA DE MADRID.

No pasa nada, nada de nuevo, todos estamos como podemos; muy sanos unos, otros enfermos, unos muy gordos y con dinero, y otros muy flacos y sin un pelo, penados otros por un empleo, y otros temblando que en un momento limpio les dejen el comedero.

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

Nuestros colegas siguen haciendo con sus doctrinas el bien del pueblo.

Para su ermita cada uno de ellos pide tan solo con mucho empeño, pero proclaman a voz en cuello, que lo hacen todo por bien del pueblo. Y esto es, lectores, esto es tan cierto, como que un mudo diga: «¡Salero!»

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

En los teatros no hay nada nuevo, porque no tienen ni pizca de eso las jugarretas y escañoteos que en Jovellanos,

por un buen precio, hace una dama de mucho mérito.

Mas como el público paga el dinero, los empresarios obran muy cuerdos,

si a las zarzuelas prefieren eso.

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

El Manzanares viene soberbio y compañías hay ya de crédito que navegable quieren hacerlo,

y no me espanto de su proyecto, que otras empresas acometieron las sociedades de que hago mérito

de mas empuje, de mas empeño, y van tirando, y van viviendo.

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

La Llave de oro

ya nos la dieron, mas nada de ella, nada diremos, que en ciertos casos el que es discreto calla, y se guarda su pensamiento,

y está, lectores, es caso de eso, que fuera acaso peor moverlo, y abrir los ojos a quien es ciego.

Como de molde viene aquí aquello...

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

Los labradores están contentos por estas lluvias que mandó el cielo, van aleutando, ya los enfermos porque ya pronto se irá el invierno;

rabian las niñas por el mal tiempo, padres y esposos, ya están temiendo las nuevas modas para entretanto, y los banitas, y el veraneo.

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

Las cuatro y media canta el sereno, y es poco sano, según los médicos,

¡tales horas cambiar el sueño por los papeles, por el tintero...

¡Qué pesadillas! ¡qué torpes sueños! ¡qué negras sombras!

¡qué de recuerdos! ¡cuántas pasiones! ¡cuántos proyectos!

¡qué negros, tristes remordimientos! ¡qué de ambiciones! ¡cuánto despecho!

¡cuántos dolores! ¡cuántos tormentos en estas horas de sombra y duelo!

Y aquí, lectores, se acaba el cuento, que ya me canso, ya tengo sueño, y ya, por último, me pongo serio para decirlo por fin aquello.

¡Bueno es el mundo, bueno, muy bueno!

ANUNCIO.

ALMANAQUE

CÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Este libro, que contiene composiciones bellísimas de Hartzenbusch, Rubí, Serra, Selgas, Larra, Frontaura, Camprdon, Navarro, Regoyos, etc., etc., se vende a 2 reales en Madrid en las principales librerías y en la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 41.

Se regala a los que se suscriban por tres meses al CASCABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripción por tres meses.

Por lo contenido en este número.

F. Peresagua.

Editor responsable D. Francisco Peresagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Jaen, núm. 10.